

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 385

Madrid, 9 de Junio de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.



EL DOCTOR FRANCIS E. CLARK

FUNDADOR DEL MOVIMIENTO DE ESFUERZO CRISTIANO

LA noticia del fallecimiento del doctor Clark seguramente habrá impresionado dolorosamente a los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA. Aun cuando teníamos conocimiento de que su salud estaba bastante quebrantada, la noticia lacónica recibida por cablegrama produjo en nosotros hondo sentimiento. Y es que hay seres en el mundo que consideramos tan necesarios a la Humanidad, que no podemos imaginarnos que hayan de morir, y el Dr. Clark era uno de los tales. La obra portentosa realizada por este siervo de Dios, nuestro venerable padre en el Esfuerzo Cristiano, amado de todos, fué tan grande que nos parecía que no había de dejarnos jamás.

Nació el Dr. Clark en Aylmer (Canadá) el 12 de Septiembre de 1851, siendo hijo de Carlos Carey Symmes, dedicado al comercio de maderas, y de Lydia Fletcher Clark, familia muy culta y piadosa.

Tenía escasamente tres años cuando perdió a su padre, y la viuda abrió poco después una academia para señoritas, muchas de las cuales recordaron hasta su muerte el especial carácter cristiano de aquella santa mujer, que tan afablemente las educaba, como también al pequeño Francis de cabellos ensortijados y clara inteligencia, que no abandonaba ni un instante a su bondadosa madre.

Más tarde murió su hermano mayor, joven de diecisiete años, y a consecuencia de este nuevo dolor, muy pronto también falleció la madre, joven aún, quedando huérfano su hijo Francis, que sólo contaba entonces siete años de edad.

Tomólo a su cuidado su tío el reverendo E. W. Clark, pastor de la Iglesia Congregacionista en el Estado de New Hampshire, quien, no teniendo hijos, lo adoptó y le dió su propio apellido.

Estos padres adoptivos le ofrecieron,

no sólo casa, sino también un sitio en sus corazones, dándole, además, una esmerada educación.

Estudió en Darmouth, y por espacio

Esfuerzo Cristiano. El 3 de Octubre del año 1876 uniósese en matrimonio con miss Harriet Elizabeth Abbott, digna esposa de tal pastor, con la cual ha compartido

su vida y su trabajo por espacio de más de cincuenta años, habiendo sido llamada «la madre del esforzador».

¿Y qué diremos de la obra maravillosa llevada a cabo por este fiel ministro de Dios?

Cuando fundó en su iglesia la Sociedad de Esfuerzo Cristiano, lo hizo solamente para el bien de su propia iglesia, sin sospechar que había de llegar a ser un medio tan eficaz para desarrollar la vida cristiana en la juventud por el mundo entero.

El había escogido a los jóvenes de su iglesia y Dios le dió a los de todo el mundo.

Esta unión de los jóvenes ha sido llamada, por el historiador Schaff, «como el más notable movimiento en la historia de la Iglesia durante el siglo XIX».

Es admirable el trabajo realizado por este hombre. Ha escrito más de sesenta libros y miles de artículos para periódicos y revistas. De su estilo literario, dijo recientemente David J. Burrell: «Sus escritos son cada día más agradables y brillantes».

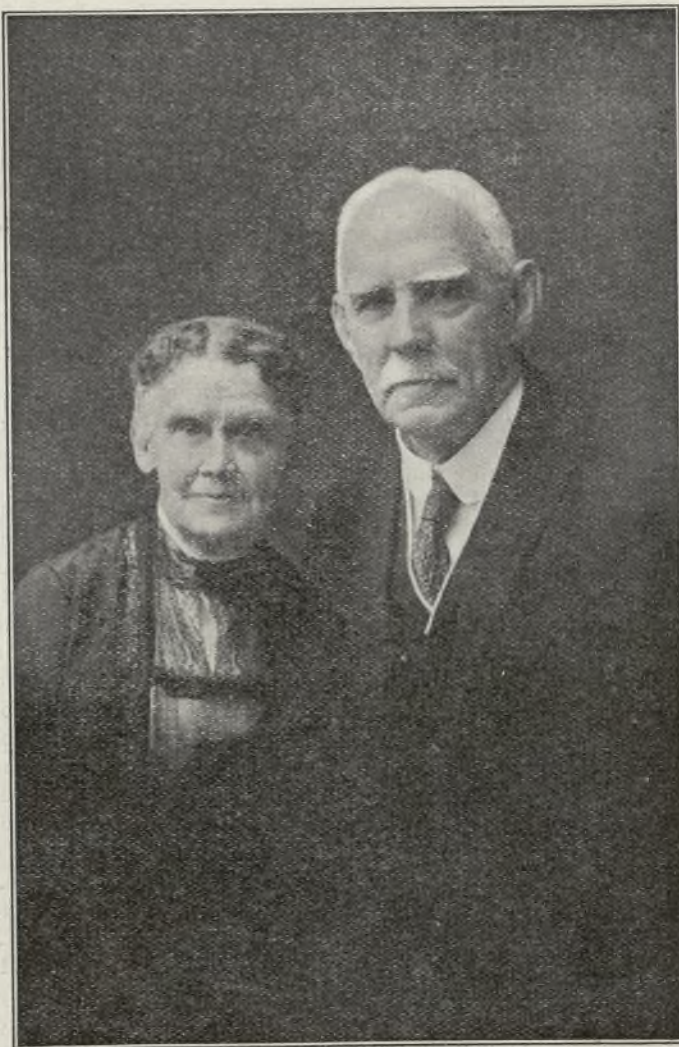
El Dr. F. B. Meyer dijo de él: «Es el más grande misionero después de San Pablo».

Pero lo más grande del Dr. Clark era su espíritu bueno, activo e infatigable.

En su trabajo en pro del Esfuerzo Cristiano ha viajado miles de kilómetros, incluyendo cuatro viajes alrededor del

mundo. Ha comido con reyes y ha sido honrado por presidentes; pero como pocos hombres ha disfrutado de la vida con los más humildes.

Con su inseparable esposa ha viajado, no sólo en buque y ferrocarril, sino también miles de kilómetros en carruaje y carreta tirada por bueyes; sobre caballos,



EL DOCTOR CLARK Y SU ESPOSA

Retrato hecho con motivo de su última visita a Europa, el año pasado, durante la cual visitó las Sociedades de E. C., de Barcelona y de Madrid.

de tres años en el Seminario Teológico de Andover, recibiendo allí el título de doctor. En 1876 fué admitido como ministro activo de la Iglesia Congregacionista y destinado a ejercer su ministerio en la iglesia Williston, de Portland. En esta iglesia fundó el Dr. Clark, el 2 de Febrero de 1881, la primera Sociedad de

mulas, asnos, camellos y elefantes; en sillitas de mano y carretones, como asimismo a pie, para llegar a los puntos donde había o deseaba establecer el Esfuerzo Cristiano.

El Dr. Clark fué un sincero, leal y amante discípulo de Jesús; un imitador de la vida del Maestro. Y ¡cuán grandes bendiciones han recibido los jóvenes esforzadores del ejemplo de tan insigne director!

Su vida fué de servicio dedicado exclusivamente al Maestro, y con razón llevó a cabo la promesa que ideó y el trabajo que encierra el párrafo: «Prometo que procuraré hacer todo lo que Él quiera que yo haga».

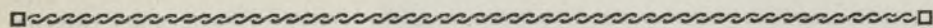
He aquí lo que él mismo dice de sus creencias: «Yo puedo resumir mi religión en las siguientes frases: 1.^a Observo que mi vida cada día se acerca más a Dios. 2.^a Crece en mí la voluntad de entregarme a mí mismo y mis asuntos en sus manos. 3.^a Tengo la seguridad de que el cielo está mucho más cerca de nosotros de lo que

pensamos. 4.^a Las nubes que a menudo oscurecen nuestra visión espiritual no son otra cosa que nieblas, que una ligera brisa procedente de Dios puede en cualquier momento desvanecer; y 5.^a Que la parte de eternidad, en la cual ahora nosotros vivimos, es una escuela conveniente para que en los eternos días estemos ocupados con Dios en el país donde nadie dirá: «Ya estoy harto».

Esta es, en síntesis, la vida y principios de este grande hombre Francis E. Clark, que ha sabido guiar a más de cinco millones de jóvenes de todos los países, razas y lenguas a Cristo, y a trabajar por Él y por su Iglesia.

El Dr. Clark acaba de ser llamado por el Señor a los setenta y cinco años de edad; pero la obra por él comenzada proseguirá adelante, porque no es obra humana, sino de Dios.

JOSE CAPÓ,
Secretario de la Unión Española
de Esfuerzo Cristiano.



LA SANTIFICACIÓN

EN mi artículo anterior, refutando un refrán insidioso y jesuítico que suele esgrimirse en contra de los cristianos evangélicos, decía que Dios ha escogido para sí, no solamente un pueblo de creyentes que en actitud de pasiva contemplación e inercia pasen la vida, sino un pueblo apto, celoso de buenas obras, que inquiriendo en las Santas Escrituras cual es la voluntad de Dios, se afana por hacerla, ejercitándose en la vida para su perfeccionamiento espiritual.

Nuestro bendito Salvador, guiado por el amor que hacia los suyos siente, pide a su Padre celestial lo siguiente: «Santificalos en tu verdad: tu palabra es la verdad». (Juan, XVII, 17).

La Palabra de Dios es la regla única, infalible, eterna, que guía al creyente a la verdad, santidad o santificación.

El significado de la palabra santidad es apartado, separado para Dios y su servicio; y esta definición de la palabra santidad nos la da el apóstol Pablo cuando escribe: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto» (Rom., XII, 1).

«Seguid — continúa el apóstol — la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos, XII, 14).

SUMARIO

El Dr. Francis E. Clark (José Capó). — La santificación (Florentino Tornadijo). — Un apólogo de Licurgo. — «Lo Santo», del Profesor Rodolfo Otto (A. González del Río). — Nuestro último concurso. — Información Evangélica. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Esfuerzo Cristiano. Escuela Dominical.

De estas preciosas enseñanzas se desprende que el cristiano, el creyente, no puede ni debe estar inactivo, ni tampoco puede *pecar fuerte y creer fuerte*, ya que el deber, la obligación del creyente, es buscar en la palabra de Dios cuál es su voluntad y ponerla por obra, a fin de crecer en el conocimiento de Dios y servir por amor a aquel santo Cordero que por amor a nosotros fué inmolado en el Calvario para limpiar todos nuestros pecados» (1.^a Juan, 1, 7).

Un ejemplo precioso de lo que es la santidad lo hallamos en Exodo, XIX, 6, y Deuteronomio, VII, 6.

Allí vemos que Dios llama al pueblo de Israel «Pueblo Santo», y el apóstol Pedro más tarde, inspirado por el Espíritu Santo, llama a todos los creyentes, a todos los justificados por la fe, «Linaje escogido, real sacerdocio, gente santa... Pueblo adquirido para anunciar las virtudes de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable» (1.^a Pedro, cap. II, 9).

He aquí la definición preciosa y precisa de lo que es el cristiano: «Linaje escogido, real sacerdocio, gente santa...» ¿Para qué? ¿Para pecar fuerte? No, señores difamadores. No, señores romanistas. No, amados hermanos evangélicos: somos los cristianos un pueblo escogido, apartado, santificado por la palabra de Dios para anunciar virtudes. ¿De quién? ¿Nuestras? No. ¿De algún santo o santa? No. ¿Del acuerdo de algún cónclave o concilio? No.

Somos santificados por el Espíritu Santo para anunciar las virtudes de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

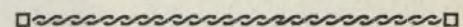
Esta, y sólo ésta es la enseñanza de Dios para todo aquél que ha puesto su esperanza en Cristo, y ha sido justificado por la fe.

Venga a ella el católico romano, vengan a ella todos aquellos que nada sepan del poder del Espíritu Santo, el cual santifica la vida del creyente, y aprendan esta gran verdad. Juan, XIV, 26; 2.^a Tesalonicenses, II, 13.

Dios ponga en el corazón de todos los que esto lean deseos de santidad, deseos de la palabra de Cristo, que es espíritu y vida, a fin de que la vida no se concierne a apariencias externas, que nuestra religiosidad no sea un simulacro, ritual y rutinario, sino que la palabra de Dios obre en nuestra vida, que el poder del Espíritu Santo sea una realidad en el fuero sagrado de nuestra conciencia, y partiendo de allí dentro, como una fuerza dinámica, gobierne toda nuestra vida.

Entonces podremos gustar, no solamente de las enseñanzas preciosísimas de la Biblia, sino, lo que es de muchísima más importancia, practicar en la vida las enseñanzas del Espíritu Santo, teniendo presente que, «el que no tiene el Espíritu de Dios, el tal no es de Dios».

FLORENTINO TORNADIJO.



Un apólogo de Licurgo.

Una vez rogaron al sabio Licurgo que pronunciara un discurso sobre las ventajas de la educación, con objeto de que el pueblo, influido por su autorizada voz, se dedicara a enseñar a sus hijos las reglas de la buena moral. Accedió el sabio en ello, más pidió un año de plazo.

Pasado el año se presentó Licurgo en la plaza pública, donde el pueblo le esperaba ansioso. Llegó llevando dos perros y dos liebres. Sin decir palabra soltó una liebre y en seguida un perro. Éste se lanzó sobre el pobre animalito y lo mató, devorando sus entrañas, aún palpitantes. Luego dió libertad a la otra liebre y al segundo perro. Mas no hizo el buen can lo de su compañero, sino que se acercó a la liebre, le prodigó mil caricias y se puso a jugar con ella, como si fuera su mejor amigo. Entonces Licurgo, volviéndose al pueblo, le dijo:

— He aquí los efectos de la educación. He pasado un año educando a este perro y enseñándole que no haga daño a la liebre. El otro no ha sido educado; por eso no obedece sino a instintos brutales. Igual al primer perro, el hombre sin educación se dejará arrastrar sólo por sus pasiones, y devorará todo lo que se opone a ellas. Escoged, pues, y ved qué queréis que sean vuestros hijos.

El pueblo, entusiasmado, llevó a Licurgo en hombros; y desde entonces dedicóse con asiduidad a la educación de sus hijos. Tanto pudo en él aquel ejemplo tan bien presentado.

Suscribase a ESPAÑA EVANGÉLICA

LECTURAS

«Lo Santo», del Profesor Rodolfo Otto⁽¹⁾

FILOSOFÍA y Religión son conceptos distintos, como distintos son el mar y la tierra. Pero así como el que desea embarcarse en una playa tiene por necesidad que atravesar a pie una zona en que, apoyándose aún sobre la arena, puede decir, sin embargo, que ya está en el mar, por cuanto sus aguas le bañan, así el conocimiento del hombre puede moverse en un límite en que, apoyándose aun en lo puramente cósmico, hállese ya en los linderos del piélago inmenso, cuyas profundidades no le será dado conocer en absoluto hasta que haya abandonado definitivamente este mundo.

Precisamente en ese límite del conocimiento se mueve el renombrado profesor Otto, de Marburgo, en su obra *Das Heilige* (Lo Santo). Aunque no ha hecho un libro de Teología, se ha salido en algo ya de los dominios de la razón. En el último capítulo nos dice que ha cuidado siempre de distinguir entre lo santo, como categoría *a priori*, del espíritu racional, y lo santo como manifiesto en el fenómeno; pero al principio del libro ha advertido que quien no sea capaz de sentir la emoción religiosa no lo lea.

En la categoría o noción abstracta de lo santo entran elementos racionales e irracionales. Lo mismo respecto a unos que a otros, lo santo es categoría pura y *a priori*, es decir, no procede de ninguna clase de percepción sensible, sino que es previa a todas ellas. Desea nuestro autor mantener esta afirmación contra todo sensualismo y evolucionismo. Los elementos irracionales en nuestra noción de lo santo nos conducen a algo más profundo que la razón pura, a lo que la mística llama «el fondo del alma». De la base cognoscitiva más honda del alma irrumpe lo que el autor llama *lo numinoso* (de numen), y aunque se presenta después de la posesión de datos y experiencias cósmicas, no nace de ellas, sino merced a ellas.

«Santo» o «sagrado» es más que bueno. *Qadosh* en hebreo, *hagios* en griego y *sanctus*, o, mejor, *sacer*, en latín contienen un excedente de significación sobre lo bueno, sin que, a veces, comprendan toda la bondad. Para designar lo santo sin su componente moral es para lo que el autor propone la palabra *numinoso* y, aunque no la pueda definir, la sabe hacer sentir por medio de ideas afines.

Lo numinoso es aquello que aprehende y conmueve el ánimo con tal o cual tonalidad indefinible, pero sensible de muy diversas maneras. El contenido cualitativo de lo numinoso constituye un *mysterium tremendum*, algo que anonada a la

criatura, haciéndole sentir pavor con su majestad y energía que acosa, activa, domina, sin momento de reposo y sin residuo inerte. De las primeras explosiones de lo numinoso en el espíritu del hombre primitivo procede toda la evolución histórica de la religión; en él arraigan lo mismo los demonios que los dioses, con todas las demás percepciones mitológicas a que la fantasía reviste de cuerpo.

Pero, además, lo numinoso fascina, y sus elementos, atrayente y retrayente, forman entre sí una extraña armonía de contraste. El hombre emocionado religiosamente no sólo teme a la Divinidad, sino que la ama, sintiéndose inefablemente atraído por ella. El hombre natural, por el contrario, no puede ser verdaderamente religioso, como decía Lutero: no puede temer a Dios. El alma responde a lo numinoso con un sentimiento de su pequeñez, de anonadamiento, que no es la idea corriente que el hombre tiene de su insignificancia. La nota distintiva de este sentimiento ante lo numinoso, es la desestima que el sujeto hace de sí propio y que surge con la presencia del numen. No es un mero sentimiento ético. El hombre natural no lo puede conocer ni experimentar, sólo quien está «en espíritu». Los que no tienen influjo alguno numinoso, aunque reconozcan una ley moral y se den cuenta de que faltan a ella, no sienten el pecado, porque el pecado es un valor numinoso de signo negativo. Con el sentimiento del pecado viene el abatimiento espiritual, la necesidad de la redención, cosas que el viejo racionalismo, aunque respetuoso con la ley moral, no podía comprender.

A medida que avanza, se hace más patente el aspecto religioso de la obra. Todos los hombres que han practicado sinceramente cualquiera religión han sentido la influencia del numen en sus almas; pero la religión que lo ha poseído con mayor elevación ha sido la del pueblo de Israel en la antigüedad y la cristiana en nuestros días. En el Antiguo Testamento el concepto de lo numinoso se va desarrollando desde Moisés hasta Isaías y Job, que representan las más altas etapas en el sentimiento religioso. Mas era preciso que el propio Numen, el propio Hijo de Dios en persona, viniera para revelarse al hombre. En el evangelio de Jesús se consuma y perfecciona la aspiración a racionalizar, moralizar y humanizar la idea de Dios, aspiración que palpitaba en la tradición israelita desde sus tiempos más remotos y había enriquecido ya lo numinoso con nobles valores, sobre todo en los profetas y en los Salmos. Así se llegó a la forma insuperable de la creencia en Dios Padre. Jesús enseñó lo que no era de suyo evidente, lo que constituía su propio

descubrimiento y revelación, o sea que justamente el Santo de Israel, en quien todo judío creía, es un «Padre Celestial». Jesús predicó el Evangelio del Reino de Dios. Las investigaciones más recientes demuestran con toda certeza, frente a las suavidades y blanduras racionalistas, que el Reino es lo milagroso en absoluto, lo contrario a aquí y ahora, lo heterogéneo y celestial, con todos los motivos auténticos del pavor religioso, del incentivo y relumbre del misterio. De él y de su peculiar índole irradian colores y entonaciones que se vierten sobre cuanto con el Reino se relaciona; los que lo predicán, la vida y conducta que son su condición previa y la comunidad que lo espera y alcanza. Todo queda hecho místico, hecho numinoso. Los adeptos se llaman con término numinoso «los santos», no porque se crean moralmente perfectos, sino porque, a diferencia de los profanos, participan en el misterio del «fin de los tiempos».

Sin lo racional, sin los claros componentes morales que acentúa sobre todo el Protestantismo en el concepto de Dios, lo santo no sería lo éticamente santo como ahora lo es en el Nuevo Testamento, donde no aparece como lo meramente numinoso en general, ni aun en sus grados más altos, sino siempre como lo numinoso, penetrado y saturado de los elementos radicales, personales y morales. Esa especie de pavor demoníaco característica del sentimiento religioso primitivo, que después se eleva y ennoblece, no es aún algo racional y moral, sino algo justamente irracional a que el ánimo responde adecuadamente con los reflejos sentimentales específicos de ciertas religiones primitivas. Y ese elemento experimenta en sí mismo un movimiento evolutivo, aun aparte del proceso de racionalización y moralización que ya experimenta en su primer grado. El *daimonium* se transforma en *theion* divino; el pavor se convierte en devoción; los sentimientos que palpitan dispersos y confundidos se tornan *religio*; el espanto se hace horror sagrado; las impresiones relativas de dependencia del numen y de beatitud en el numen se convierten en absolutas; el numen llega a ser Dios y divinidad, y a esta forma le corresponde ya el predicado de *qadosch*, *hagios*, *sanctus*, *santo*, en su significación primaria y más inmediata de lo numinoso en absoluto. Esta evolución es el problema que ha de perseguir la historia de la religión y la psicología religiosa.

A. GONZÁLEZ DEL RÍO.

La iglesia es tan necesaria como la escuela. Algunas personas se han educado sin escuelas, y algunas han sido religiosas fuera de las iglesias. Excepciones. Quítese la escuela, ¿y qué será de la cultura del porvenir? Quítese la iglesia, ¿y qué será de la religión? — Rdo. Henry Hinds.

(1) Edición española de la «Revista de Occidente».

NUESTRO ÚLTIMO CONCURSO

LAS DIEZ MEJORES POESÍAS MÍSTICAS

HIMNO AL MESÍAS

*Baja otra vez al mundo,
¡baja otra vez, Mesías!
De nuevo son los días
de tu alta vocación;
y en su dolor profundo,
la Humanidad entera
el nuevo oriente espera
de un sol de redención.*

*Corrieron veinte edades
desde el supremo día
que en esa cruz te vía
morir, Jerusalén;
y nuevas tempestades
surgieron y bramaron,
de aquellas que asolaron
el primitivo Edén.*

*De aquellas que le ocultan
al hombre su camino
con ciego torbellino
de culpa y expiación;
de aquellas que sepultan
en hondos cautiverios
cadáveres de imperios
que fueron y no son.*

*Sereno está en la esfera
el sol del firmamento;
la tierra, en su cimiento,
inmovible está;
la blanca primavera,
con su gentil abrazo,
fecunda el gran regazo
que flor y fruto da.*

*Mas, ¡ay!, que de las almas
el sol yace eclipsado;
mas, ¡ay!, que ha vacilado
el polo de la fe;
mas, ¡ay!, que ya tus palmas
se vuelven al desierto;
no crecen, no, en el huerto
del que tu pueblo fué.*

*Tiniebla es ya la Europa:
ella agotó la ciencia,
maldijo su creencia,
se apacentó con hiel;
y rota ya la copa
en que su fe bebía,
se alzaba y te decía:
¡Señor!, yo soy Luzbel.*

*Mas, ¡ay!, que contra el cielo
no tiene el hombre rayo,
y en súbito desmayo
cayó de ayer a hoy;
y en son de desconsuelo,
y en llanto de impotencia,
hoy clama en tu presencia:
¡Señor!, tu pueblo soy.*

*No es, no, la Roma atea,
que entre aras derrocadas
despide a carcajadas
los dioses que se van;
es la que, humilde rea,
baja a las catacumbas,
y palpa entre las tumbas
los tiempos que vendrán.*

*Todo, Señor, diciendo
está los grandes días
de luto y agonías,
de muerte y orfandad;
Que, del pecado horrendo
envuelta en el sudario,
pasa por un Calvario
la ciega Humanidad.*

*Baja, ¡oh Señor!, no en vano
siglos y siglos vuelan;
los siglos nos revelan
con misteriosa luz
el infinito arcano
y la virtud que encierra,
trono de cielo y tierra,
tu sacrosanta cruz.*

*Toda la historia humana,
¡Señor!, está en tu nombre:
Tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la Humanidad.
Tu sangre soberana
es su Calvario eterno;
tu triunfo del infierno
es su inmortalidad.*

*¿Quién dijo, Dios clemente,
que Tú no volverías,
y a horribles gemonías,
y a eterna perdición,
condena a esta indolente
raza del ser humano,
que espera de tu mano
su nueva salvación?*

*Sí, Tú vendrás. Vencidos
serán con nuevo ejemplo
los que del santo templo
apartan a tu grey.
Vendrás, y confundidos
caerán con los ateos
los nuevos fariseos
de la caduca ley.*

*¿Quién sabe si ahora mismo,
entre alaridos tantos,
de tus profetas santos
la voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
a un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo,
y Dios, ¿no volverá?*

*¡Señor! En tus juicios
la comprensión se abisma;
mas es siempre la misma
del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la Humanidad sin Dios.*

*Ya pasarán los siglos
de la tremenda prueba;
¡ya nacerás, luz nueva
de la futura edad!
Ya huiréis, ¡negros vestiglos
de los antiguos días!
Ya volverás, ¡Mesías!,
en gloria y majestad.*

GABRIEL GARCIA TASSARA

Esta poesía forma parte de la serie presentada por D. Antonio Muniesa Baldrich, de Figueras, que ha obtenido el segundo premio. Las nueve poesías restantes son:

«Canción a Jesucristo crucificado» (Fr. Luis de León).

«Poesía IV» (Santa Teresa).

«Los astros y las flores» (Martínez de la Rosa).

«Al sol» (José de Espronceda).

«La cascada y la campana» (Pablo Pierrer).

«Dime, Padre común...» (Argensola).

«¡Oh Tú, cuya bondad llena mi copa!» (Mora).

«No me mueve, mi Dios, para quererte»

«Apocalipsis, III, 20» (Lope de Vega).

□ ~~~~~ □

Contribuid con una sonrisa.

Si no podéis hacer mucho para hacer de este mundo un lugar más alegre, contribuid a lo menos con una sonrisa. Los hombres como Rockefeller pueden dar grandes sumas de dinero, con las cuales combatir la enfermedad. Las mujeres como Florencia Nightingale pueden crear organizaciones que reduzcan enormemente el sufrimiento. La mayor parte de nosotros no es capaz de hacer tales cosas; pero no obstante podemos añadir algo a la suma de felicidad humana. Si no podemos hacer otra cosa, contribuyamos con una sonrisa.

□ ~~~~~ □

Transformando las discordias.

La Catedral de Pisa tiene un domo maravillosamente hermoso, que posee una cualidad extraña. Recoge todo sonido que le llega, por rudo que sea, y lo transforma en perfecta armonía. Sube de abajo una mezcla confusa de ruidos, pero el domo los fusiona todos en gloriosa música. Los golpes de los asientos, las pisadas, el bullicio de la muchedumbre, todo se pone arriba en hermosa concordia. Esto es lo que significa tener a Dios morando en nuestra vida. Él une todas las discordias en armonía y toda aspereza la transforma en paz.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

El Comité Evangélico Español de Uruguay.

Este Comité, que tantas pruebas de amor e interés a la obra en España lleva ya dadas en el corto tiempo de su actuación, celebró el día 13 del pasado Mayo, en el Salón Mac Cabe, de Montevideo, una velada literario-musical a favor de la Obra Evangélica en España.

Hemos recibido el programa, artísticamente impreso y ostentando los colores españoles en uno de sus ángulos, cuyo contenido, que sin duda interesará a nuestros lectores conocer, fué el siguiente: 1.º Himno nacional argentino y Marcha Real española, por la orquesta de la Escuela Dominical. 2.º Palabras alusivas al acto, por el presidente del Comité, don Regino Galdós. 3.º La palma del desierto, por el coro de la Iglesia Central. 4.º Discurso, por D. Florencio Ochotorena. 5.º Alborada gallega, por la señorita Enriqueta Boscetti. 6.º «2 de Mayo», por la Srta. Olda Acosta Piriz. 7.º Aires españoles, por la orquesta. 8.º A España, por la Sra. Amanda P. de Correa. 9.º Estilo criollo y jota, por la Srta. Esther González. 10. Sevilla, de Albéniz, al piano, por la Srta. Adela Costa. 11. Breves palabras, por la señorita Elisa González Vázquez, miembro del Comité.

Al Comité Evangélico Español de Uruguay, y a cuantos tomaron parte en la fiesta, enviamos nuestra sincera gratitud y nuestro entusiasta aplauso en nombre de los evangélicos españoles, los cuales nunca podrán olvidar a sus buenos hermanos del Uruguay.



E. C., de Rubí.

El 26 del próximo pasado mes de Mayo fué un día de grata expansión para muchos de los esforzadores de Rubí y algunos otros hermanos de la Iglesia, con la excursión llevada a cabo a la villa de Martorell.

Nuestro objeto era visitar el famoso puente, de rara antigüedad, levantado sobre el río Llobregat, por los años 535 de la fundación de Roma, por el célebre Aníbal, general cartaginés, y que después de 1936 años de duración, según puede leerse en una inscripción que figura en el interior, lo mandó restablecer el entonces rey de España Carlos III.

Muy de mañana, formando un grupo de 48 personas, nos dirigimos a pie al pueblo de Castellbisbal, recorriendo el trayecto en unas dos horas, que pasaron casi inadvertidamente con el canto de

animosos himnos y el deseo de explayar nuestro espíritu en medio de las bellezas naturales de que nos ha rodeado nuestro divino creador.

Ya por el camino y luego por el pueblo, empezamos a distribuir Tratados y *La Buena Nueva*, que fueron aceptados con agrado y hasta con interés, regocijándose nuestro corazón, al ver que en casi todas las puertas de las casas por cuyas calles pasamos figuraban algunas personas leyendo los mensajes de salvación que les habíamos ofrecido.

A las nueve y cuarto tomamos el tren para Martorell, y los entusiastas acentos



Los esforzadores rubinenses en la excursión realizada a Martorell.

del himno «¡Oh, jóvenes, venid!», cautivaron la atención de muchos de los demás viajeros, que de otros departamentos se acercaron al nuestro, con deseo de poder oír mejor el canto. También aquí hicimos buena siembra para el espíritu de los que con nosotros viajaban.

No fué largo el trayecto hasta llegar a la estación de Martorell, y pocos momentos después nos hallábamos junto al río Llobregat, donde con buen apetito devoramos las provisiones destinadas al almuerzo.

Un paseo por el interior de la población nos permitió una nueva distribución de folletos, de interés para el alma, llegando a dolernos el no haber hecho más acopio de ellos, al ver la buena acogida que se

les dispensaba, pues los vecinos acabaron por solicitarlos desde las ventanas de sus respectivas casas.

De vuelta a las márgenes del río, se sacaron algunas fotografías del famoso puente, construido por el esforzado general cartaginés; una en la parte alta del mismo (que incluimos) y otras junto a la serpenteada corriente, donde cantamos: «Nos veremos en el río».

El programa de la tarde fué de pura distracción, organizando varios juegos en la arena, aunque no faltó una sencilla reunión de alabanza y gratitud al Señor, por el gozo que nos deparaba y para pedirle hiciera germinar con su gracia divina la semilla sembrada en tantos corazones, por medio de los Tratados que contenían el mensaje de la salvación por Jesús.

De regreso a nuestros respectivos hogares, en el tren repetimos el canto de algunos himnos, y con gozosa sorpresa vimos unirse a nosotros, en el canto, a un viajero que dijo había pertenecido en América al «Ejército de Salvación».

Como final, cábenos la satisfacción, digna de notarse, a nuestro parecer, de que en el mismo tren nos felicitó efusivamente un señor cura que viajaba en el mismo departamento.

Las impresiones de la excursión, tan felizmente llevada a cabo, han tenido la virtud de despertar, en los que no asistieron a ella, el deseo de que organicemos otras análogas en breve, y nuestra ferviente súplica al Señor es que bendiga nuestros planes para que redunden siempre en honra y gloria de su santo nombre. — El Secretario, David Vila.



De Santa Amalia.

El Domingo, 22 del pasado, se celebró un culto de despedida, por tener que salir para Alemania, con objeto de someterse a una operación quirúrgica, el evangelista de Santa Amalia (Badajoz), don Catalino Díaz Gómez.

El culto estuvo en extremo concurrido, estando a cargo del mismo y del que suscribe, que ha venido a ocupar su puesto mientras dura el viaje o se recibe la orden oficial para la apertura de la escuela evangélica de Miajadas, cerrada hace tres meses por no tolerarla el alcalde de dicha población.

Fué una despedida emocionante en extremo, recibiendo muchas palabras de consuelo, tanto él como su querida familia, de labios de infinidad de miembros y amigos que acudieron a despedirle y desearle un feliz y provechoso viaje, marchando después muy animado y con mucha confianza en Dios.

Deseamos ardientemente que se conforme su optimismo y vuelva pronto y curado a su querida congregación, que constantemente ora por él. — *Martin Borrallo*.



Velada en Santander.

El día 25 del pasado, y organizada por la Sociedad E. C., se celebró una velada, con el objeto de aumentar los fondos ya existentes para comprar un piano con destino a dicha Sociedad. Empezó ésta con el himno «Camaradas en los cielos», al cual siguió una composición titulada «Avante», de un miembro esforzador, que recitó con singular aplomo el niño Josué, educado en nuestros colegios.

A continuación siguió una serie no interrumpida de bonitos diálogos y comedias, entre los cuales recordamos muy a la ligera, «La monja y el ciego», recitada con bonito estilo por la señorita Carmina Campano; «La cunita y las dos rosas», por Manuela Campano; «No la hagas, y no la temas», «El arte de hacer fortuna», «Baturradas», «Parábola de la Dracma perdida», cerrando esta primera parte de la fiesta la joven esforzadora Isabel Serrador, con la bonita poesía «El rico necio», que se aplaudió igualmente que las anteriores.

En los intervalos se cantaron himnos tan entusiastas como: «Más que vencer», tan armoniosos como «Las golondrinas» y «¿No oís?», sin olvidarnos de un cadencioso vals, interpretado al piano por D.^a Elvira de Marqués, con acompañamiento de violín, por el niño Carlos Marqués, con mucha afinación y gusto.

Encontrándose accidentalmente entre nosotros el joven artista montañés, don Pío Fernández Muriedas, el Presidente de nuestra Sociedad le invitó a que nos recitase algo, cosa que él hizo con la amabilidad a que nos tiene acostumbrados. Inútil parece añadir que el fruto de su apreciada labor fué una serie ininterrumpida de aplausos.

En los minutos dedicados al descanso, se rifaron bonitos objetos y sorpresas, entre los cuales recordamos una preciosa muñeca, regalada y hecha por la miembro de esta Sociedad, D.^a María de Diego, como asimismo de unos bonitos objetos de utilidad y arte, donados por unos señores de la importante fábrica «Nestlé», de «La Penilla», y una sorpresa, de doña Elena.

Como digno remate a velada tan agradable, el notable trío de aficionados al arte musical, cuyos nombres respectivos son: Ganel Peret Cello, Srta. Heny Ralm y Juan Ralwa, interpretaron varias obras musicales.

Inútil parece añadir que, tanto al principio de la velada como a su fin, reinó el mayor entusiasmo y el orden más perfecto.

Nuestra enhorabuena más entusiasta a D.^a Elvira de Marqués, a la cual se debe, en gran parte, el mayor éxito de una cosa

tan completa como entretenida, y asimismo a cuantos contribuyeron con sus trabajos. — *David Saá*.



El Esfuerzo Cristiano en Barcelona.

Organizada por las Sociedades de Esfuerzo Cristiano de la Iglesia Metodista de Barcelona, se celebró el pasado jueves, día 26, una fiesta deportiva en el campo que posee la Unión Cristiana de Jóvenes, y que ésta galantemente nos cedió.

El objeto de esta fiesta era recaudar fondos para los nuevos edificios que se están construyendo en Pueblo Nuevo, asistiendo a ella muchos amigos y numerosos escolares de Pueblo Nuevo y Barcelona, que estaban deseosos de ver desarrollarse el sugestivo programa que habían preparado los esforzadores y algunos unionistas. Los jóvenes esforzadores llevaban ya unas semanas de duro entrenamiento, pues debían competir con jóvenes unionistas ya duchos en esta clase de deportes.

No queriendo ocupar demasiado espacio en las columnas de ESPAÑA EVANGÉLICA, ni que ésta se vea obligada a abreviar nuestra mal escrita reseña, sólo nos limitaremos a dar cuenta del programa y de los jóvenes que resultaron premiados.

La fiesta desarrollóse en la siguiente forma:

Carrera de velocidad: 75 metros lisos. (Inscritos, 6.) Resultado: 1.^o Lusa (E. C.). 2.^o Borobia (E. C.).

Lanzamiento del peso. — (Inscritos, 5.) Resultado: 1.^o Marcel (U. C. J.) y Dolz (E. C.). 2.^o Guinot (E. C.).

Carrera 200 metros lisos. — (Inscritos, 7.) Resultado: 1.^o Marcel (U. C. J.). 2.^o Vallés (E. C.).

A continuación, una sección de niñas del colegio de Pueblo Nuevo ejecutó una danza rítmica, que fué muy aplaudida por los espectadores.

Continuó el programa con:

Salto de altura. — De los 10 inscritos a esta prueba salieron vencedores: 1.^o (1,45 metros), Guinot (E. C.) y Marcel (U. C. J.); 2.^o (1,40 m.), Arenas (U. C. J.).

En la *Carrera de relevos* tomaron parte tres equipos de E. C. correspondientes a las tres Sociedades. Resultó vencedor el equipo del Clot, integrado por Mari (S. y E.) y Massas. En segundo lugar: C. Ripoll.

Lanzamiento de la jabalina. — (Inscritos, 3.) Resultado: 1.^o Guinot (E. C.). 2.^o Marcel (U. C. J.).

Esta vez fué la clase superior de niñas del mismo Colegio antes citado la que nos deleitó con una sesión de gimnasia rítmica, que ejecutada con precisión, mereció los aplausos de la concurrencia.

La *Carrera de resistencia* (800 m.), y el partido de *basket-ball*, fueron los dos últimos números del programa.

De los 12 inscritos a la primera prueba, resultaron vencedores: 1.^o E. Mari (E. C.). 2.^o Lebourchard (U. C. J.). El partido de

basket fué ganado por la U. C. J. por 14 puntos contra cuatro que se apuntó el equipo de E. C. Los vencedores fueron: Víctor, Lebourchard, Carbonell, Arenas y Luis.

Dos señoritas se encargaron de premiar a los vencedores, prendiendo en el pecho de éstos un lacito verde al clasificado en primer lugar y encarnado al segundo.

Para terminar, sólo nos resta unir nuestro aplauso a los muchos que se tributaron a los jóvenes deportistas, que tan bien supieron demostrar que no es incompatible lo espiritual con lo físico. *Mens sana in corpore sano*.

También nos es grato testimoniar nuestra más sincera gratitud a la Unión Cristiana de Jóvenes de Barcelona por el apoyo prestado a esta fiesta, así como por la cesión del campo, lo que contribuyó a dar mayor brillantez y amenidad a la misma. El secretario general, *Alfredo J. Capó*.



REGISTRO

Bautismos. — Iglesia de Cristo, Sabadell. El Domingo, 29 de Mayo, fué bautizado un niño con los nombres de José Pedro, hijo de los miembros don Antonio Serra y D.^a Dolores Martí.

— Iglesia del Salvador, Madrid (Noviciado). El Domingo pasado recibió las aguas del bautismo el niño Fernando Carlos, hijo de D. Francisco Saco y de D.^a Aurora Gámez.

Nuestra enhorabuena a todos.

Fallecimientos. — Misión Evangélica de Miajadas (Cáceres). A los seis meses de edad voló al cielo el alma del parvulito Samuel, hijo de D. Martín Borralló y de D.^a Emilia Moreno. El entierro fué un acontecimiento, estando el culto fúnebre a cargo de don Teodoro Fiedner y D. Isaac Vega, pastor de Ibañeta, cuyas palabras todos escucharon con profunda atención. Nuestra sincera simpatía a los padres en esta prueba.

— Iglesia del Espíritu Santo, Zaragoza. El día 26 de Mayo, y a la edad de setenta y ocho años, durmió en el Señor D.^a Jacinta Grañena Simonet. El sepelio tuvo lugar al día siguiente en el Cementerio evangélico, asistiendo muchos de los miembros de la Congregación y el personal de la fábrica donde aún estaba prestando la finada sus servicios. Muchas de sus compañeras lloraban y se acordaban, decían, «de las hojitas que con frecuencia les daba». Quiera el Señor llenar los huecos que los ancianos van dejando, con jóvenes decididos y esforzados.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 »
Extrajero: Un año	15 »
Seis meses	8 »
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1 dólar

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

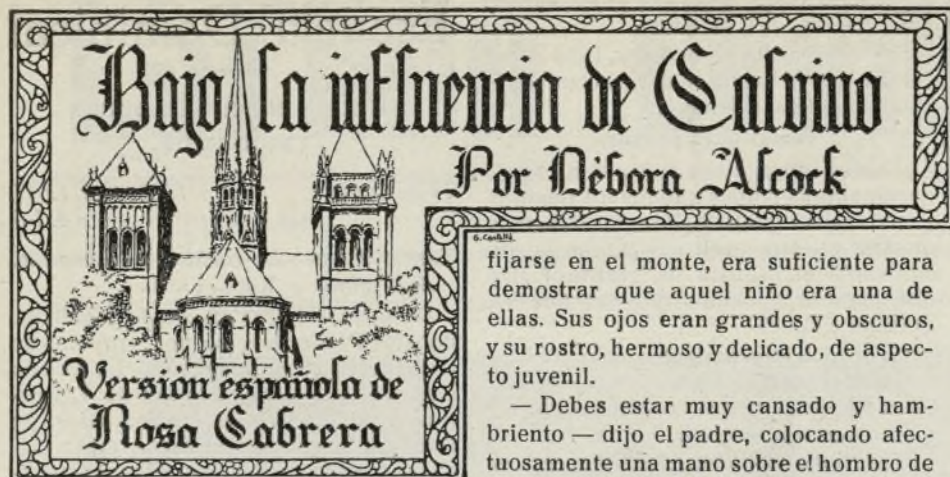
Las suscripciones darán principio en 1.^o de Enero

ó 1.^o de J. lio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

TELÉFONO 33.590.

Este número ha sido revisado por la censura.



(Continuación.)

CAPÍTULO III

EL GRAN TRONO BLANCO

Pasaron años, y otra vez nos encontramos en Ginebra, en una mañana de Agosto también, pero más hermosa que aquella lejana que presencié la salida de la ciudad de las religiosas de Santa Clara. Acababa de abrirse la puerta de «Cornavin» para franquear la entrada a los vendedores de leche, fruta y verduras, que llevaban sus géneros al mercado; y, entre ellos, detrás de un carro cargado de hortalizas, cual si fueran al cuidado de él, entraron, sin que nadie se fijara en ellos, dos personas que nada iban a vender: un hombre alto, que vestía blusa, y un muchacho de cabellos negros, que podría tener catorce años, en cuyo caso era demasiado menudo y aninado para su edad. No tardaron en separarse de la fila de mercaderes, retirándose, sin que los viera nadie, hasta la sombra proyectada por una casa; y, una vez allí, el de más edad se arrodilló y, besando el duro y desigual terreno, exclamó con emoción:

— ¡Gracias a Dios! ¡Su ciudad libre! ¡El bendito suelo ginebrino! — Y al levantarse, las lágrimas bañaban su varonil semblante.

— ¡Padre! — gritó el muchacho —; mira, padre, mira! ¡Allí está el Trono de Dios, el gran Trono blanco!

El rey de las montañas se elevaba detrás de ellos, a larga distancia, pero perfectamente visible en la pura y transparente atmósfera, no con la brillantez que le presta el oro del Sol saliente, sino en su nitida blancura, en su sublime y terrible majestad, como la eterna justicia de Dios.

— Es el Mont-Blanc — contestó con indiferencia el padre, que respondía al nombre de Germán de Caulaincourt, dirigiendo al punto indicado una mirada nublada por las lágrimas.

Las almas del siglo XVI no se emocionaban fácilmente con las sublimidades de la Naturaleza, aunque muchas apreciaban cumplidamente sus tiernos encantos; pero es indudable que habría excepciones, y la expresión de las juveniles pupilas de Norberto de Caulaincourt, al

fijarse en el monte, era suficiente para demostrar que aquel niño era una de ellas. Sus ojos eran grandes y oscuros, y su rostro, hermoso y delicado, de aspecto juvenil.

— Debes estar muy cansado y hambriento — dijo el padre, colocando afectuosamente una mano sobre el hombro de su hijo.

— Y tú también, padre — respondió Norberto en tono festivo, sin apartar la mirada de la maravillosa blancura que se destacaba en el cielo.

— No sé qué hacer hasta que avance la mañana y podamos presentarnos a los sindicatos — prosiguió De Caulaincourt.

— ¿No hay posadas? — interrogó Norberto, abstraído aún.

— Las posadas están poco dispuestas a recibir viajeros que no tienen un cuarto — observó Germán moviendo la cabeza.

Mientras padre e hijo hablaban, se abrió una puerta, al otro lado de la calle, y salió, andando despacio, porque cojeaba, un hombre de cabellos blancos, que miró a los desconocidos y siguió su camino. Después de dar unos cuantos pasos se volvió para mirarlos de nuevo, como si se hallara indeciso.

Las viajeros se descubrieron, saludando de un modo que no armonizaba con sus trajes aldeanos; y, al responder Ami Berthelier al saludo, se acercaron por impulso mutuo.

— Parece que sois extranjeros aquí — dijo Berthelier, hablando primero.

— Así es, señor. Venimos de Francia, emigrados por causa del Evangelio.

— ¿Cómo habéis conseguido llegar?

— Haciendo largas caminatas a través de las montañas, de noche generalmente, y ocultándonos en las chozas de los aldeanos. Traía algún dinero y varias alhajas que había podido ocultar entre la ropa, pero nos sorprendieron unos salteadores en las montañas y todo nos lo quitaron, considerándonos dichosos con poder salir vivos de sus manos. Anoche llegamos, viniendo de un pequeño caserio cuyo nombre ignoro, y está madrugada permanecemos cerca de la puerta hasta que la abrieron para que entraran los vendedores, y entramos con ellos.

— Los extranjeros que buscan refugio entre nosotros, van a la Casa Consistorial y exponen su deseo a los magistrados.

— Lo sé, y espero que tendréis la bondad de decirme dónde está.

— Aún no es hora, caballero; sus señorías no se reúnen hasta después del culto, que se celebra a las seis. Mejor será que os vengáis conmigo y os desayunéis.

— Pero, vos saliais y os detendremos.

— De ninguna manera. Yo soy ginebrino, vosotros sois de la Fe; eso basta. Hacedme la merced de entrar.

Pronto se hallaron todos en el comedor de Ami, donde éste, que acababa de saber el nombre de sus huéspedes, los presentó a una mujer de rostro dulce y triste, sencillamente vestida, diciendo que era su hermana Claudina Berthelier.

Esta respondió cortésmente, aunque con poca cordialidad, y salió para apresurar el desayuno.

En Ginebra, el plato corriente para la primera comida del día era una sopa; pero, en atención a la necesidad de alimentarse que tenían sus huéspedes, Berthelier hizo una indicación a Claudina, y no tardó en entrar la anciana Margarita con una fuente de vaca en conserva, quedando terminados los preparativos con la sopa, el pan y un jarro de vino blanco, áspero. La mesa estaba perfectamente limpia y bien pulimentada, pero los manteles no estaban entonces en uso, y el salero era una corteza de pan hueca.

— ¿Dónde está Gabriela? — preguntó Berthelier a su hermana cuando entraba; pero antes de terminar la pregunta se presentó en la habitación una hermosa doncella, seminiña, semimujer, cuyas graciosas líneas no podían ocultar el sencillo corpiño y la faldita gris que vestía, y cuyo aterciopelado rostro hacia aún más bello el contraste. Detrás entró la anciana sirvienta, llevando, según costumbre de su clase, un plato de peltre para su uso particular, que dejó modestamente en un extremo de la mesa.

Todos se reunieron en torno de ella: Berthelier, presidiendo, tenía a un lado a los De Caulaincourt, padre e hijo, y al otro a Claudina y Gabriela. Los extranjeros, en pie, esperaban una bendición larga; pero con gran sorpresa suya, Berthelier no dijo más que: «Que Dios bendiga nuestra comida», y empezó a partir la carne, plato tan bien recibido por sus huéspedes, faltos de alimento, como el más delicado manjar.

— ¿Es cierto, caballero — preguntó Ami poco después —, que el Rey Enrique ha dado un nuevo edicto de persecución?

— Demasiado cierto, señor; aunque no era necesario haberse tomado tal trabajo, porque con los que había ya bastaba para encender hogueras en todo el reino.

El emigrado continuó, citando ejemplos, con detalles tan horripilantes, que hubieran quitado el apetito a la gente de hoy; pero allí, la única persona que sintió un estremecimiento de verdadero dolor fué Claudina, porque para Berthelier no se decía nada nuevo, y Margarita pensaba en las glorias y recompensas del martirio. En cuanto a Norberto, sus miradas y sus ideas se fijaban con una especie de fascinación en la niña que se hallaba enfrente. Gabriela apenas tenía más edad que él, pero al niño le parecía que era una «hermosa doncella», y que cualquier caballero debía sentirse orgulloso sirviéndola o peleando por ella. Pero ¿cómo no

vestía al uso de sus hermanas? ¿Por qué iba tan rebozada con aquellas horribles telas grises? Y ¡qué ojos, qué boca, qué labios! ¡Qué sería parecía, qué tranquila! Deseaba oírle hablar, o, al menos, verla sonreír, y procurando conseguirlo, le sirvió vino, por lo que Gabriela le dió las gracias con la más dulce de las voces, añadiendo que sólo bebía agua; cosa que no sorprendió a Norberto, teniendo en cuenta la calidad del vino.

Terminado el almuerzo, se elevó una breve plegaria en acción de gracias, y la anciana sirvienta hizo una seña al niño llamándole, y le dijo:

— Señorito, la campana llama a los fieles al culto matutino. ¿Queréis venir conmigo para adorar a Dios?

Norberto miró a su padre; pero éste se había engolfado de tal manera en conversación con Berthelier, que hubo de llamarle la atención, preguntándole si iría él también.

— Ve tú, hijo mío... Yo no voy ahora — respondió De Caulaincourt, y prosiguió su conversación.

(Continuará).

Esfuerzo Cristiano

Siendo agradecidos.

Dom., 19 de Junio.

Is., 25, 1-8.

Lecturas diarias.

Lunes . . .	Agradecimiento en el corazón	Sal., 9, 1-11.
Martes . .	Siempre gozosos. . .	Fil., 3, 1-10.
Miércoles .	La casa agradecida. .	Jos., 24, 1-6; 14, 15.
Jueves . .	Alabanza y vida. . .	Sant., 3, 1-10.
Viernes . .	Una nación agradecida	Sal., 67, 1-7.
Sábado . .	El espíritu de gratitud.	El., 5, 15-21.

Sugestiones.

Una expresión práctica de gratitud por parte de los miembros hará agradable y provechosa esta reunión dirigida del modo siguiente: Dad a cada miembro un lápiz y una tira de papel, pidiéndole que escriba alguna razón por la cual está agradecido a Dios, sin firmar su nombre. Después de recoger los papeles, distribúyanse de nuevo y léanse uno tras otro. Cántense muchos himnos de alabanza y gratitud, y háganse fervientes oraciones breves.

Ilustraciones.

Se dice que en una ocasión en que Sir Michael Costa estaba teniendo un ensayo con una numerosa orquesta y cientos de voces, cuando el potente coro sonaba con el trueno del órgano, el retumbar de los tambores, trompas sonoras y címbalos resonantes, un hombre que tocaba el piccolo en un rincón apartado, se dijo a sí mismo: «En ese ruido no importa lo que yo haga». Y dejó de tocar. Repentinamente, el gran director paró; levantó los brazos, y todo quedó en silencio; y entonces gritó: «¿Dónde está el piccolo?» Su fino oído lo había echado de menos, y todo se había perdido por no haber él tomado su parte.

El alma debe hacer su parte en ese gran concierto de alabanza.

Por insignificante que sea, Dios escucha su canto cuando le da gracias. ¡Bendice, alma mía, a Jehová!

Temas para pensar.

¿Cuáles son algunos motivos de agradecimiento comunes a todos los tiempos y a todas las gentes? ¿Por qué debemos mostrar nuestra gratitud? ¿Cómo puede cultivarse el espíritu de gratitud? ¿De qué manera podemos mostrar nuestra gratitud a Dios?

Pensamientos.

No hay día que no traiga sobre nosotros bendiciones que las riquezas de un rey no podrían comprar.

Dios tiene dos moradas: una, en el cielo, y la otra, en el corazón manso y humilde.

Se dice más en la Biblia acerca de la alabanza que acerca de la oración. — Moody.

Sociedades infantiles.

Confesando a Cristo.

Dom., 19 de Junio.

Rom., 10, 9-11.

Uno de los principios en que se basa el Esfuerzo Cristiano es la confesión de Cristo. Cada esforzador está llamado a ser un testigo fiel, pregonero de la verdad del Evangelio que predicó nuestro Maestro. Nuestro ideal supremo es llevar el conocimiento de Cristo a toda criatura, y esto sólo es posible por el testimonio continuo que demos del Salvador.

JUAN CALVINO: SU VIDA Y SU OBRA

Por C. H. IRWIN, M. A.

Una biografía de Calvino, bien documentada, y un estudio interesante del carácter y de la influencia del gran reformador. Con párrafos escogidos de la obra monumental de Calvino *Institución de la Religión Cristiana*, que el reformista español Cipriano de Valera tradujo al castellano en el siglo XVI.

Numerosas ilustraciones.

En rústica: 3, — pesetas.

En cartón: 3,50

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

MAESTRA evangélica se ofrece. Pelayo, núm. 7, El Campillo (Huelva). María Pérez.

HABITACIÓN exterior para caballero, con o sin asistencia. Quesada, 3, segundo izqda. Madrid.

Escuela Dominical

Pedro enseña la buena ciudadanía.

19 de Junio.

1.º Ped., 2, 11-17.
4, 1-5.

TEXTO ÁUREO: *La caridad no hace mal al prójimo.* — Rom., 13, 10.

Después de haber estudiado la vida del apóstol Pedro, hoy se nos propone un trozo de su primera Epístola. La lección está marcada como Lección de Temperancia por el Comité Internacional. Se refiere a la vida del cristiano como ciudadano, en sus relaciones con sus compatriotas y con las autoridades.

Una vida de pureza ha de ser la marca que distinga a los cristianos en medio de la sociedad en que viven. Pedro ruega a los creyentes como «a extranjeros y peregrinos». No pertenecen a este mundo; están aquí solamente de paso, y, como dijo un cuáquero, no pasarán más que una vez. Deben honrar la patria a la que pertenecen, viviendo de tal modo que aun los que no participan de su fe los estimen «por las buenas obras» y glorifiquen a Dios por ellas. Esta es la verdadera doctrina de las buenas obras. No las hacemos para obtener la salvación, que solamente se obtiene de Cristo y por pura gracia, sino porque estamos ya salvos y debemos glorificar a Dios.

Siendo peregrino, es el cristiano, sin embargo, el miembro más útil a la sociedad en medio de la cual vive. Siendo libre, sirve a Dios y a sus semejantes con la mayor fidelidad.

Honrad a todos. — Todos los hombres son dignos de respeto para el cristiano. En todos ve la imagen de Dios, aunque desfigurada por el pecado, y en todos considera posible el milagro de una nueva creación.

Amad la fraternidad. — O como dice la versión hispano-americana, «la hermandad», la compañía de los hermanos. Para sus hermanos en la fe, el creyente tiene un amor especial: el amor de los que comparten los mismos goces, las mismas pruebas y las mismas esperanzas, que no impide, sino que aumenta el amor que se tiene a todos los hombres.

Temed a Dios. — No con temor de esclavo, sino con temor reverente. Se dijo del reformador Knox que temía a Dios y no temía a hombre alguno. El único temor que el cristiano debe tener es el de ofender a un Dios que de tal manera lo ha amado.

Honrad al rey. — Respetad a la autoridad suprema de la nación. Ejerce su autoridad «por la gracia de Dios», como se dice en algunas monedas. Tiene que cumplir una misión elevada que Dios le ha dado para el bien de los hombres.

Con tales preceptos a la vista, ¿quién podrá negar que la religión de Cristo conduce a una buena ciudadanía más que ninguna otra influencia que pueda mover el ánimo de los hombres?

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID